



Desprendimiento

Desprendimiento

Maura Del Papa

delpapamaura@gmail.com

Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Resumen | Cuento

Abstract | Tale



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons CC-BY-NC-SA

Me enoja sentir que estoy preparando la despedida. El corazón se me enrosca sobre sí mismo, como un bicho bolita para mantenerse a salvo. Y entonces la veo, en ese sillón que antes le quedaba bien, pero donde ahora se ve tan chiquita que temo que se abra la ventana y que sople un viento lo suficientemente fuerte para llevársela volando. Que la arrastre con esa mirada vidriosa que invadió su rostro desde hace dos meses y con la que no logra mirarme durante más de tres segundos.

Sus manos respiran y tiemblan. Yo la veo y ya no respiro, sólo tiemblo. Se me cierra el pecho y se me nubla la vista. Se me vienen a la cabeza treinta y dos maneras de decirle te quiero, mi boca no acepta ninguna. Porque la quiero, como un niño quiere a su juguete favorito, sin ninguna clase de prejuicios basados en la ignorancia del desamor. Ese querer que ahora es mucho más amargo que dulce, porque me interpelo a pesar de la finitud que invade a la existencia humana.

Su pelo gris y descuidado y demasiado lacio extraña los ruleros, que quedaron abandonados en el fondo del placard hace 21 noches, junto a su libro favorito que se niega a compartir momentos con la mirada vidriosa. La ayudo a tender la ropa y abrir botellas, sus brazos ya no tienen fuerza. De su boca no se desprende nada, como si no se le ocurriera ni siquiera mentirnos. Y yo finjo no notarlo mientras voy con pasos suaves al baño y me permito soltar sólo cuatro lágrimas, dos de cada ojo, ni una más porque no quiero que se dé cuenta de que siento que tengo que preparar la despedida. No hay una receta concreta o una guía de pasos que me ayuden a saber cómo seguir y eso pesa tanto como el proceso en sí mismo.

Me enoja sentir que en esa casa, justo a la izquierda del gran sillón negro, se sentaron ambas a tomar el café. Ese mismo café en el que se evocó el comienzo del fin, en el que una le susurró a la otra que se fuera con ella. Ese mismo café en el que mi abuela no pudo retroceder las agujas, y así no tuvo otra alternativa que abrir la puerta y ver cómo la muerte se sentaba en su living por segunda y última vez.